

Febrero 1891

QUINTA CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SR. DR.

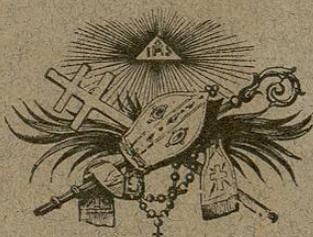
DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ

DIRIJE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS DE CHILAPA,

DEMOSTRANDO

que la "Iglesia es la verdadera civilizadora de las Naciones."



BX874
.I2
Q5
c.1

PUEBLA.

IMPRESA DEL COLEGIO PÍO DE ARTES.

Bóvedas de la Compañía mcm. 8.

1891.

5101

BX874

.I2

Q5

c.1

101



1080027615

QUINTA CARTA PASTORAL

QUE EL ILLMO. SE. DR.

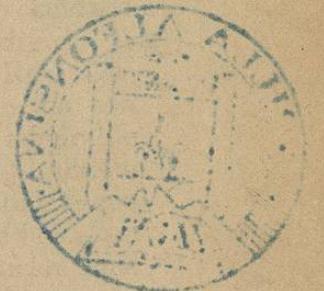
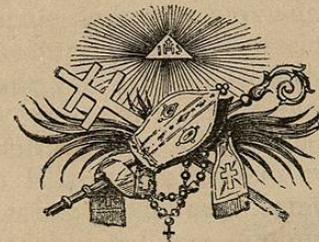
DON RAMON IBARRA Y GONZALEZ

DIRIJE

AL CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS DE CHILAPA,

DEMOSTRANDO

que la "Iglesia es la verdadera civilizadora de las Naciones."



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

PUEBLA.

IMPRENTA DEL COLEGIO PIO DE ARTES.

Bóvedas de la Compañía núm 8.

1891.



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

42249

BX874
-J2
05



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NOS EL DR. D. RAMON IBARRA Y GONZALEZ,
por la gracia de Dios y de la Silla Apostólica,
Obispo de Chilapa.

A Nuestro M. I. Provisor y Vicario General, á los Venerables Párrocos y Eclesiásticos y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y bendición en el Señor.

Venerunt autem mihi omnia bona pariter
cum illa.

(Sap. 7. v. 11.)

Venerables Hermanos é hijos muy amados en Jesucristo:

Uno de los principales deberes que nos impone nuestro cargo pastoral, es el de velar con sumo cuidado por la honra y gloria de Nuestra Santa Madre la Iglesia. Esta Hija del cielo á quien el Santo Rey David (1) contemplara al través de los siglos vestida con un hermoso ropaje de oro y ataviada con admirable variedad de encantos, fué enriquecida por Jesucristo con tal abundancia de bienes y tesoros celestiales, que el hombre, devorado por la insaciable sed de felicidad, no puede encontrar en la tierra otra Institución que satisfaga como Ella de una manera más noble sus aspiraciones y deseos, y bajo cuya sombra descansa con dulce reposo la inquieta llama del génio. Pero es tanta nuestra miseria y tan poderoso el influjo de las pasiones, que no obstante de estar rodeados por doquiera con la luz de su celestial doctrina, presentárenos en todas partes los monumentos de sus beneficios y descubrirse en todas las instituciones humanas, y aun en las mismas ciencias y artes, la huella luminosa de su bienhechora influencia que las hizo entrar por la senda

(1) Ps. 44, v. 10.

005101

de la verdadera civilización, sin embargo, no cesa de oírse la voz de la impiedad que, envidiosa de tanto bien, se esfuerza con rábía por eclipsar las glorias de la Iglesia, haciéndola aparecer como enemiga de la civilización y del progreso. A este fin, además de tergiversar maliciosamente la historia de ciertos acontecimientos, ha ido á buscar en todas las ciencias armas formidables para atacar el Cristianismo. Estas vanas pretensiones se avivaron en gran manera en el siglo pasado. A la voz de la impiedad se conjuraron todas las ciencias contra la Iglesia, creyendo en vano vencerla de falsedad. Cuanto más vivos fueron los ataques de los enemigos, mayor fué la aplicación de los defensores, y por ambas partes tomaron las ciencias un desarrollo maravilloso que sin esto no hubieran tenido. Pero ¡cosa admirable! Se vió entonces, dice el P. Félix, [1] á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir á la Religión, principiar de pronto, como Balaam, á glorificarla y bendecirla: se vió á la Historia arrojar cada vez más luz en los orígenes del Cristianismo; se vió á la Geología relatar la creación de Moisés; se vió á la Cronología confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la Lingüística, la Fisiología y la Etnografía atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre. . . . y lo que hemos visto ya, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusión, y bajo la libre irradiación de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: "No temais la discusión, ni os dé miedo la ciencia; la discusión me consolida y la ciencia me demuestra porque soy la verdad."

No es nuestro objeto, venerables hermanos é hijos muy amados en Jesucristo, vindicar en esta Carta Pastoral á Nuestra Santa Religión de todas las calum-

(1) Discurso sobre los tres estados de la vida católica.

nias que la impiedad ha vomitado contra ella. En cualquiera obra de controversia moderna se hallan victoriosamente refutadas. Sólo queremos rechazar un insulto que por desgracia se repite diariamente por los impíos y les sirve de lazo infernal para seducir á los incautos. Este insulto consiste en querer presentar á la Iglesia Católica en pleno siglo XIX como enemiga de la civilización y del progreso, cuando, al contrario, todo nos impulsa á proclamarla como la verdadera civilizadora de las Naciones.

Y á la verdad, ¿qué se entiende, ante todo, por civilización? Es esta una palabra por sí misma vaga y que los mismos que la emplean en contra del Cristianismo se cuidan poco de definirla. Para los partidarios de lo que se ha convenido en llamar ideas modernas, dice oportunamente el Abate Cauly, (1) la palabra civilización ha venido á ser como un estandarte bajo cuya sombra se atacan las más santas instituciones y se abre paso á los más deplorables excesos. Si se quiere coartar la libertad de la Iglesia y de los ministros sagrados, disminuir su saludable influencia, cerrar los templos y abrir lugares para el vicio, se hace en nombre de la civilización, y á esto se le llama progreso. En nombre de esta misma civilización, se proclama la libertad más amplia para los teatros, la prensa y las reuniones públicas; se multiplican los goces en perjuicio de la pura y sana moral, y con tal de que la sociedad prospere en adelantos materiales, se le llamará á todo esto progreso. Ahora bien; la Iglesia no lo entiende así. Enemiga del vicio y de la barbárie, condena y reprueba todo lo que nos conduce á ello. El movimiento y perfeccionamiento social que no se ocupa mas que del bienestar material, que quita el freno á las pasiones y les proporciona goces con detrimento de las costumbres y de la salvación del alma, no es á los ojos de la Iglesia más que un progreso fingido á quien llama falsa civilización. Por el contrario, llama civilización verda-

(1) Apologetique chretienne, pág. 427.

dera al perfeccionamiento más ó menos avanzado de la sociedad humana en el orden intelectual, moral y material con la debida subordinación entre sí.

En efecto, la naturaleza humana, que es el sujeto que se perfecciona por la civilización, se compone de alma y cuerpo, y así como el cuerpo está subordinado al alma como la parte más noble del hombre, de la misma manera en la civilización, el elemento material debe estar subordinado al elemento intelectual y moral, que son como el alma de la sociedad. Si esta subordinación existe, producirá el verdadero bienestar de los individuos y de los pueblos para el tiempo y para la eternidad. Si, por el contrario, predomina el elemento material, dará por resultado el lujo, el sensualismo, el espíritu de desorden y de revolución, y la preponderancia de esta civilización material sobre la civilización intelectual y moral destruirá los verdaderos intereses y el verdadero bienestar de los particulares y de las naciones. De aquí se infiere que, según la doctrina de la Iglesia, para que la civilización sea verdadera, eficaz y completa, deberá contener estos tres elementos: 1º el progreso intelectual por medio de la verdad, las ciencias y las artes: 2º el progreso moral, por medio de la virtud, las buenas costumbres y la subordinación de los súbditos á la autoridad: 3º el progreso material, por medio de un bienestar racional y por el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad regulado por las condiciones mismas de nuestra naturaleza.

Sentados estos principios, hagamos ahora comparecer ante el tribunal severo de la razón á la impiedad y á la civilización europea de que tanto se gloria nuestro siglo y preguntémosle á ésta: ¿á quién debes en realidad el maravilloso progreso de tus ciencias, los sentimientos nobilísimos de virtud, que circulan por las venas de la sociedad, los atractivos y belleza de tus artes, y ese fondo inmensurable de bienestar que respiran todas las clases de la humanidad doliente por el alivio de sus penas y miserias? Y escuchámos á la civi-

lización que, sirviéndose de los lábios del Patriarca de la misma impiedad, nos dice con acento firme y resuelto: “Yo debo todo lo que soy á la Santa Sede, esto es á la Iglesia Católica.” Y de acuerdo con esta preciosa confesión de Voltaire (1) escucháremos otra voz, la voz imparcial de un ilustre protestante, M. Guizot, quien en una de sus obras nos hace ver igualmente á la civilización europea surgiendo del seno del Cristianismo y debiéndole sus más vitales instituciones. “Entre las causas de nuestra civilización, dice el autor citado, (2) hay una que se presenta á todos los espíritus, y ésta no es otra que la Iglesia Cristiana. Entre los cristianos de aquella época, entre el clero habia hombres que habian meditado profundamente sobre todo y habian dilucidado todas las cuestiones morales y políticas; que sobre todas las cosas tenian opiniones fijas y sentimientos enérgicos acompañados de un vivo deseo de propagarlas y de hacerlas reinar. No ha hecho jamás ninguna sociedad en el mundo los esfuerzos que hizo la Iglesia Cristiana en los siglos V y X para obrar á su rededor y asimilarse el mundo exterior. Puede decirse en cierto modo que Ella atacó la barbarie por todos lados para dominarla y de este modo civilizarla.” Esta verdad ha llegado en nuestros días á tal grado de evidencia, que, como dice Augusto Nicolás, (3) no hay publicista, ni historiador, ni crítico digno de este nombre que no la haya reconocido y que no haya hecho de ella el punto de partida y el hilo regulador de todos sus estudios. Pero como la impiedad tratándose del Cristianismo gusta poco de razonamientos, tomémosla de la mano y hagámosla recorrer, aunque de paso, el vasto y hermoso campo donde se encuentran en admirable variedad los monumentos que han recibido el soplo de la civilización, y verémos como todos á su modo proclaman con elocuente voz que á la Iglesia deben su ennoblecimiento y su

(1) Ab. Cauly. Apologetique chretienne pág. 429.

(2) Hist. de la civil. en Europ. pág. 80.

(3) Est. filos. sob. el Crist. tom. 3, pág. 343.

grandeza. Y comenzando por lo más sencillo, esto es, por el elemento material de la civilización, no puede negarse que á su desarrollo concurren principalmente el trabajo bajo sus diversas manifestaciones y el mejoramiento de las condiciones físicas de la humanidad por la abolición de todo lo que la degrada y el alivio de todas sus miserias.

Ahora bien; ¿quién ha ennoblecido el trabajo y le ha dado poderoso impulso? La Iglesia Católica. En efecto, (1) antes del Cristianismo el trabajo era despreciado y lo es todavia allá donde la Iglesia no extiende su benéfico imperio. Aristóteles lo proclamaba bajo; Platón le aplicaba el mismo epíteto. Los obreros que han sido siempre por parte de la Iglesia el objeto de solicitudes tan afectuosas, ni aun eran mirados por los griegos como dignos del nombre de ciudadanos; eran casi relegados al rango de esclavos. Cicerón despreciaba el trabajo hasta tal punto, que consideraba á los trabajadores y á los jornaleros como bárbaros y gente de nada. En nuestros dias vemos perpetuarse la misma antipatía en los pueblos privados de la luz del Evangelio. En la India, un bahmin, esto es, un hombre perteneciente á la clase más alta, creeríase manchado si solamente tocase un paria. Los salvajes de la América del Norte se abstienen del trabajo que imponen á sus mujeres, tratadas como esclavas ó animales de carga. Este estado de cosas desapareció desde que se dejó sentir en el vasto cuerpo de la sociedad el soplo de la Religión Cristiana. Desde luego el trabajo fué honrado como una dignidad sobrehumana, porque Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso ser sometido á un pobre artesano de Galilea; porque Él mismo, en el taller de Nazareth, no se avergonzó de manejar con sus benditas manos los instrumentos del aprendiz y del obrero. Al trabajo quisieron pedir los Apóstolés, enviados por Jesucristo, el sustento de su vida, á fin de no ser una carga para sus hermanos y aun de poder socorrer á

(1) Moigno. Los espl. de la fé, tomo 4, pág. 669.

los indigentes. Mas tarde los Padres de la Iglesia parece no encuentran palabras con que responder á su vivo deseo de recomendar y glorificar el trabajo; lo estiman al más alto precio. Los monjes del Occidente y del Oriente, consagrados particularmente al trabajo y más especialmente á la agricultura, vinieron en seguida á introducirse en la sociedad, á prestar un glorioso y poderoso concurso al bienestar comun. Estos hombres, que se reunian bajo la disciplina de la Iglesia, vivían, en tiempos bárbaros y de revueltas, en una época en que nadie tenía gusto de trabajar, y en la cual quien tenia un brazo robusto pensaba no poderlo emplear mejor que poniéndolo al servicio de algun aventurero rapaz, para sembrar por doquiera la ruina y la muerte. Y sin embargo, á pesar de estas condiciones desastrosas, se esparramaron por Europa, que estaba convertida en un desierto, y cambiaron su aspecto encubriéndola de ricos y florecientes cultivos. ¡Qué ejemplo tan eficaz y provechoso daban estos hombres que, contentos con un pobre vestido, satisfechos de un alimento que bastaba para preservarles de la muerte, suspendian la oración para ir al campo á desbrozar con el arado la tierra, á la cual confiaban una semilla que en el tiempo de la cosecha, debia suministrar pan á los pobres, á los peregrinos, á países enteros! Hacían además los mayores esfuerzos para abrir caminos y arrojar puentes, á fin de que las comunicaciones de un país con otro fuesen más cómodas y el comercio llegase á ser más fácil y seguro. ¿Qué ventajas ha reportado la sociedad de la experiencia de estos hombres que, multiplicando sus trabajos y sus ensayos con una paciencia que nada cansaba, y poniendo sus fuerzas y sus luces en comun, habian logrado desaguar los pantanos, contener por medio de diques los rios, recojer las aguas dispersas para hacerlas servir de riego de las colinas y de los valles, y esto de una manera tan ingeniosa que, segun la autoridad de un ilustre es-